

REVISTA CINEMATOGRAFICA Y TEATRAL

Editada por la EMPRESA ZIG-ZAG en Santiago de Chile. — APARECE QUINCENALMENTE

Precio: \$1.—
EN TODO EL PAIS

Director en Hollywood: C. F. BORCOSQUE

SUBSCRIPTION ANUAL
\$ 23.— en el país
\$ 40.— en el extranjero

Toda correspondencia debe dirigirse a EMPRESA ZIG-ZAG — Casilla 84-D. Santiago de Chile. — Bellavista, N.° 909

AÑO I SANTIAGO DE CHILE. 26 DE AGOSTO DE 1930. NUM. 11.

EL CINE SONORO SU SITUACION ANTE LOS INTERESES DEL PUBLICO Y DEL TEATRO NACIONAL

Como en muchos otros países de habla no inglesa, el cine sonoro ha traído en Chile un verdadero problema añadido a su aparición. Desde luego, revolucionó los circuitos formados por los músicos que hasta ahora emplearon sus habilidades en las orquestas cinematográficas. Estos músicos, víctimas del nuevo invento, fueron también los primeros que levantaron su protesta. Por cierto que no sólo quin se considerara de ellos y dictara leyes en su favor, lanzando los intereses del invento que los desplazaba. En estas mismas columnas hemos ya comentado la imposición de orquestas a los teatros de una ciudad, dotados de aparatos sonoros. Imposición absurda a todas luces, protección injusticia que determinó tremendo, ya que esta misma protección no se alarmó a los campesinos que quedaron sin trabajo por el empleo de máquinas agrícolas; con las señoritas telefonistas, víctimas del automático, y con los cocheros desplazados por el automóvil.

Pero no está en este punto el aspecto más grave de la lucha emprendida contra el cine sonoro: está en su supuesta rivalidad con el teatro nacional y en su también supuesto interés en la destrucción de nuestro teatro.

Repitiendo ansas patrióticas e intereses raciales, los ataques adquieren su mayor importancia.

Desde luego, conviene dejar en claro que el cine sonoro es un hecho artístico indiscutible. La aprobación unánime del público, la opinión de grandes pensadores así lo establece. Hablar de que se lo combate en bien de la cultura, es un absurdo, ya que, especialmente nosotros, habitantes de un país de difícil acceso por su posición geográfica, no tendríamos más de conocer grandes artistas del canto, de la danza y del teatro que el no fuera debido a este invento.

Se ha visto que el lesiona los intereses de nuestro teatro, y el honorable diputado señor Marco Antonio de la Cuadra, en su proyecto de protección al teatro nacional, presentado en la Cámara Baja, consulta previsiones prohibitivas para el cine sonoro, gravámenes cuyo producto sería destinado a una mayor protección a la escena criolla.

Debe advertirse, en primer término, que esta protección está ya acordada por el Supremo Gobierno y que existe para ello la ley 4308, que en el artículo 7, establece que el Presidente de la República podrá destinar hasta la suma de un millón de pesos para subvencionar compañías, actores y autores nacionales, como asimismo para conceder premios a las películas confeccionadas en el país.

Exigiendo esta ley, resulta, pues, extemporáneo, imponer altos gravámenes al cine sonoro, espectáculo que hoy constituye el entretenimiento de la mayor parte de nuestra población, la cual se vería privada de él si a los teatros que aumentan los precios de sus localidades o cerrar sus puertas para ponerse a salvo de los proyectados impuestos.

El cine sonoro no es una amenaza para el buen teatro nacional, como lo prueba el hecho de que la Compañía Alejandro Flores no se ha visto

en nada afectada por este nuevo espectáculo. Para quien las películas musicales y cantadas constituyen un formidable enemigo es para el balcón orfista, cuya mala presentación y hasta grosería de ambiente han hecho que el público lo repudie. No es en defensa de la cultura, que se gravará al cine sonoro y se apoyarán malos conjuntos.

Se ha visto, por otra parte, que los empresarios están siempre listos a aceptar en las mejores condiciones compañías nacionales, cuando ellas reúnen condiciones capaces de afirmar un negocio. Debemos acudir de nuevo al ejemplo de la excelente Compañía Alejandro Flores y de este actor, que gana actualmente veinte mil pesos mensuales, trabajando con empresas chilenas. El buen teatro nacional no tiene motivos para sentirse alarmado por el auge del cine sonoro, ni tiene razones para solicitar ayuda. Todo lo que tiene un valor artístico efectivo de los grandes actores y se impone sin ajenos apoyos, que, en todo caso, le darían una falsa estabilidad.

Los que aldrían beneficiados con impuestos prohibitivos a las películas musicales y parlantes serían los malos conjuntos artísticos, y el que saldría directamente dañado con ello sería el público, que estaría condenado a esos malos espectáculos.

"La Nación", en un bien pensado editorial, expuso muy claramente: "Por lo mismo que no se grava la literatura extranjera para favorecer la nacional, por lo mismo que no se exige tributo de arribo a artistas de otras patrias, tampoco puede gravarse la divulgación entre nosotros de los grandes adelantos del teatro extranjero, de cualquier género que sea". En cuanto al daño que pueda sufrir el idioma castellano por la acción de los "talkies" ingleses, puede decirse que esto no ha sucedido. Desde luego, por el hecho de saber inglés o de interesarse por aprenderlo, nadie va a olvidar su propio idioma y con el mismo criterio que se usa para condenar las películas de este género, podría procederse a condenar la internación al país de libros, revistas y diarios en idiomas extranjeros.

Por lo demás, los lectores de "ECRAN" son continuamente informados de la vasta actividad desplegada en Hollywood para la producción de películas en castellano, algunas de las cuales han sido ya estrenadas en Chile. El desarrollo creciente de estas actividades nos permite suponer, sin aventurarnos demasiado, que pronto tendremos la mayor parte de nuestros espectáculos de cine hablados en nuestra propia lengua.

Todo lo que se haga para proteger el teatro, como creación de una gran sala destinada a conjuntos nacionales, premios y subvenciones a autores y actores, está muy bien y todo ello puede hacerse sin dañar los intereses del cine sonoro que es uno de los grandes adelantos del siglo, ni dañar al público que con este espectáculo tiene horas de esparcimiento y de distracción muy de su gusto.

Creemos que nuestros hombres de Gobierno apreciarán en su justo valor las razones que los empresarios de cine sonoro han hecho llegar hasta ellos y obrarán de acuerdo con el más sano criterio.

IMPRESIONES

sumos. Sin embargo, al dar vueltas la hoja, nuestra primera actitud a seguir es el intruso ha terminado de leer. Nos parece demasiado largo interrumpirlo en esa forma.

Hay preguntas que nos obligan a decir una estupidez. ¿Qué dice el hombre, en una de esas preguntas. Cuando alguien nos la formula, no nos daña que responder con la eterna tontería: "Aquí estamos... pa' más".

El gustapique es un garbano anarquista.

Los cobradores de los tranvías se desahogan de sus rabias contándose los pasajeros. Los pasajeros, claro, no prestan la menor atención a sus rabias y sólo uno que otro muchacho de plataforma se limita a asomir con la cabeza, dando a entender que le encuentra toda la razón. A pesar de la frialdad del auditorio, quedan satisfechos y vuelven a salir.

También hay cobradores resignados y filosóficos, que sufren en silencio las contradicciones de su oficio. Estas cobradoras tienen un gesto amargo y unos ojos insoportables. Además, son inmensamente gordas, debido, tal vez, a la enormidad de rabias que se tiran en cada viaje.

ENRIQUE BUNSTER

APERTURA DEL TEATRO REAL

El público ha seguido paso a paso la construcción del Teatro Real, que será la sala de estrenos de la Paramount. Respecto ha causado el hecho de que el Real está ya por terminarse. En el pórtico han sido puestas ya las columnas, y según nos informa Benito del Villar, a principios del próximo mes de septiembre podremos asistir a la apertura de uno de los cine más elegantes de Sud América, y al mismo tiempo, de uno de los más cómodos, pues, según nos ha manifestado, la acústica del Real es perfecta, de modo que las películas sonoras resultarán deliciosas. No cabe duda de que Benito del Villar tiene toda la razón al afirmar que dentro de poco el teatro de la Paramount será el punto de reunión obligado de la mejor sociedad, algo así como el "tender-vous" de la aristocracia santiaguina...

Resultado de nuestro Concurso

Como de costumbre, recibimos muchas soluciones acertadas. Sorprendentemente, correspondió el estuche Coby a la señorita CARMEN AGUILERA, de Puente Alto, y la suscripción a "ECRAN" a la señorita MARIA LETELIER, Buñes, 1471, Santiago.

escena

"LA COMPAÑERITA"

Comedia en tres actos, original de

ALEJANDRO FLORES Y RAFAEL FRONTAURA

ESTRENADA POR LA COMPANIA ALEJANDRO FLORES EL JUEVES 8 DE NOVIEMBRE EN EL TEATRO VICTORIA, DE VALPARAISO

(Continuación)

SEGUNDO ACTO

ELIANA.—Igual: la pobreza lo tiene cambiado. Está hecho un neurasténico insufrible: hasta brusco se ha vuelto, él, que era tan cariñoso. Y tiene razón.

CHISPITA.—¿Por qué va a tener razón? No, hija: di tú que los hombres, todos los hombres, son unos animales egoístas. ¿Quieres que yo le hable y le diga cuatro frescas?

ELIANA.—No, hija mía, no...

CHISPITA.—Viéndote enferma... Pobrecita... Tú has sido siempre demasiado buena...

ELIANA.—Lo peor, Chispita, es que... no sé si me guardarás el secreto...

CHISPITA.—¡Habla, Eliana, ¡qué pasa?

ELIANA.—Aguarda, que no quiero que nadie se imponga. (Va a ver la puerta).

CHISPITA.—¡Ah!, ¿pero es de mucha reserva?

ELIANA.—Imagínate, Chispita... que voy a ser madre...

CHISPITA.—¿No digas!

ELIANA.—Sí.

CHISPITA.—Y, ¿eso es un secreto?... ¡Eso hay que gritarlo!

ELIANA.—¡No, por Dios!

CHISPITA.—Pero, ¿por qué no, mujer? ¿A Gabriel no se lo has dicho?

ELIANA.—No, no me atrevo.

CHISPITA.—Pero, no te comprendo. ¿Por qué ocultarlo?

ELIANA.—Tú no sabes cómo está el pobre de amargado con nuestra situación. Imagínate: sería llevarlo a la desesperación una noticia así. Debo ocultarlo, mientras pueda. Este hijo que ha de nacer, es ahora mi angustia, mi martirio...

CHISPITA.—No, ese hijo es tu gloria... Será tu gloria... Y aunque te enojas... ¡Hace ademán de ir a contarle).

ELIANA (deteniéndola).—(No, por lo que más quieras, cállalo!

(Vuelven por izquierda Margarita y Ferreira, con útiles, servicio, etc. Por derecha aparecen, con gran algazara y risas, Gabriel, Pineda y Martínez, con sillas).

Escena IX

DICHOS, MARGARITA, FERREIRA, GABRIEL, PINEDA Y MARTINEZ.

PINEDA.—Armóse la rosca, voto a san...

FERREIRA.—Margarita presidirá nuestra mesa...

MARTINEZ.—Chispita: a sentarte a mi lado... Ya sabes que cuando no te veo cerca, se me quita el apetito.

PINEDA (sirviendo las copas).—¡Viva el vino spumigantí!... ¡Viva el vino centelleante!

GABRIEL (en la ventana).—Se nos va el día. El Carnaval es más Carnaval bajo el manto negro de la noche...

FERREIRA.—Hermosano: déjala la ventana, que salga por ella la sombra de la pena, que entre el bullicio sin sentido de la vida... Nosotros, aquí, sobre el montón de nuestros esfuerzos, de nuestros fracasos y esperanzas, levantaremos el templete frágil de la alegría... Bebámos por la locura de nuestros destinos, por los ojos inmensos de Eliana, y por todos los bohemos que, bajo el amor de las estrellas, torturan su mente con un ideal vagabundo... (Beben).

TODOS.—¡Bravo!

MARTINEZ.—¡Por Apolo, dios de los ilusos, que aman la luna y la muerte!

PINEDA.—¡Por Aristófanes, padre de la farsa tragicómica!... ¡Y por tu amigo, Gabriel! (Con intención).

CHISPITA.—Eliana, ¡por tu gloria!

FERREIRA.—Gabriel: di los versos a tu compañerita, y tú, Eliana, entristécenos un poco con tu vals.

TODOS.—¡Sí, sí!

MARGARITA.—¡Ay, qué bonitas son todas estas cosas!

(Eliana toma el violín, que estará en un rincón y toca, mientras Gabriel recita:)

GABRIEL.—Compañerita de horas amargas, bohemia dulce de ojos obscuros, de las pestañas negras y largas, de ensueños vagos, tristes y puros...
Compañerita, compañerita, desheredada de la fortuna, tan armoniosa, suave y bonita, como un ensueño de luz de luna...
En tu cuartito lleno de ideales, y en una helada noche de lluvia, tú me brindaste tus manos leales y tu serena belleza rubia.
Con las pupilas humedecidas y una congoja en el corazón, me relataste toda tu vida, largo calvario, sin ilusión...
Así tu pena se unió a mi pena, buenos hermanos en la aflicción, y en el regazo de tu alma buena, hizo su nido mi corazón...

(Fin del primer acto).

TELÓN.

Una salita moderna y elegante, primorosamente arreglada, en casa de Valentina, en Vía del Mar. Chaise longue, chapeos, mesas enanas, cuadros, dibujos de Kirchner, cojines de colores vivos, cortinajes, jarrones, etc. Ventana al foro y puertas laterales.

En escena Valentina, en deshabillé de buen gusto, conversa con Sofía, que está de pie. Sofía es una mujer enarconada, que acusa una juventud magnífica, enojada estrepitosamente, y vestida con llamativa elegancia: de sombrero.

Escena I

VALENTINA y SOFÍA. Al final, LUCÍA.

SOFÍA.—Pero, niña, no seas tonta. Anímate y vamos: te responde que lo pasaremos regio... ¿Qué vas a hacer toda la tarde encerrada en casa?

VALENTINA.—No insistas, Sofía. Tú no sabes las cosas. Debo esperar a Gabriel.

SOFÍA.—Pero Valentina, por Dios! te has convertido en una hermana de la caridad sin tocas... Vamos, vamos: ponte buenamoca, porque estás feísima, hija—y nos vamos a celebrar tu llegada... Infante, el viejo, está todavía idiotizado por tus pedazos, y tiene preparada una fiestuca soberbia: irá el pelado Robertus, Salinas, la cuyanita y la gorda, la Rosalba, que tú sabes que es de hacha para estas efemérides gloriosas... Anda, anda, déjate de romanticismos, y a la calle, mi hija... Tengo el Océano de Arteaga en la puerta...

VALENTINA.—No, Sofía... No es romanticismo. ¡Ay, si te contara, si supieras los tormentos que estoy pasando!

SOFÍA.—Lo que falta es que te hayas enamorado.

VALENTINA.—Al contrario: me he "desenamorado", que es peor, y me da lástima, sí, me da lástima desengañar a ese pobre muchacho, que me adora elegantemente. Si hubieras visto, Sofía, ¡qué idilio más lindo por todo el Sur!... ¡Qué promesas de amor eterno nos hemos hecho entre los canales del sur!...

SOFÍA.—Pero esas promesas «canalizadas» no valen nada, mi hijita... Déjate de leseras; tú, que siempre has sido la «vampiresa», la Nini Naldi de nuestro grupo, ¿te vas a botar a sensiblera ahora con un pobre diablo lluso? Le escribes cuatro letras cariñosas, le dices que te vas a pasar un día conmigo, la faremos como Dios manda, y a la vuelta, lo encuentras mansito y más enamorado que nunca... ¡Si sabré yo de estas cosas!...

VALENTINA.—No, Sofía: en serio... Anoche, recién llegados aquí a Vía del Mar, hemos tenido una escena muy desagradable... Celos, recriminaciones, hasta insultos... Después no nos hemos hablado, y esta mañana se ha ido temprano sin decirme una palabra... Te aseguro que estoy inquieta, Sofía: me da miedo su manera de querer, y aunque estoy resuelta a terminar de una vez con esta aventura grotesca, no quiero herir más a Gabriel, que no ha cometido otra falta que tomarme demasiado en serio. (Suena dentro el timbre y pasa Lucía, la criada, de derecha a izquierda).

SOFÍA.—¡Ay, hija, estos hombres!... ¿Cuándo se convencerán de que a nosotros nos revienta que nos tomen en serio? ¿De manera que... no hay caso?

VALENTINA.—Mira, no sé: si más tarde me resolvio a ir, te pego un telefonazo.

SOFÍA.—Anda, hijita: no me dejes mal con Infante. Al veterano se le cae el real pensando en ti, y yo le prometí que te llevaba.

VALENTINA.—¿Qué hay, Lucía?

LUCÍA.—Es el señor Pineda, el amigo de don Gabriel...

VALENTINA.—¿Uff! ¿Qué querrá a esta hora con fresco? Se mete aquí como en su casa. Anda a abrir y hazlo pasar aquí si quiere esperar a Gabriel...

LUCÍA.—Sí, señorita.

VALENTINA.—Vamos, Sofía, a mi habitación. (A Lucía): Prepárame el té y me lo llevas a mi pieza... (Mutis derecha, Valentina y Sofía).

(Lucía mutis por segunda izquierda y vuelve luego con Pineda).

Escena II

PINEDA y LUCÍA.

PINEDA.—No importa, hija, no importa... Lo aguardo aquí... Yo soy de la casa, de toda confianza... Pero no te vayas: hazme un ratito de compañía, mientras ingiero este anís, y charlemos.

LUCÍA.—Es que tengo que ir a preparar el té a la señora Valentina.

PINEDA.—Yas después, hija, yas después... No hay que dudar para mañana lo que puedas hacer hoy: hoy puedes darte el gusto de conversar conmigo... no lo dejes para mañana. Buen anís, ¡vive Dios! éste no es de utillería... Oye, resbaladiza Lucía: humes por esos muebles a ver si encuentras unos cigarrillos, que he dejado la pitillera en casa... (Lucía busca) y el anís sin humo, no es anís... (Recbiéndole cigarrillos a Lucía). ¡Ah, ah!, gracias, gracias... ¡Esto es vivir! (Se tiende en la chaise longue). ¡Qué suerte la de este bellaco de Gabriel, ¿no es cierto, Lucía!...

LUCIA.—Sí, señor... mucha suerte... pero tengo que ir a preparar el té... (Además de irse).

PINEDA.—Espera, hija, espera, que yo te disculpo después con Valentinita... Siervete otro anísito, que no quiero abandonar esta postura maravillosa... Tú sabes que tengo una confianza ilimitada con Valentinita, y que ella hace todo lo que yo le digo... como que fui yo el intermediario para sus amores con Gabriel... Tengo buena mano, ¿eh?

LUCIA.—Sí, muy buena... Da gusto...

PINEDA.—Este anís es superior... Oye: y ese Chartreusito que tomamos anoche... ¿no quedó ni gota?

LUCIA.—No, señor... Se derramó todo en el mantel con la mancha pelotera...

PINEDA.—¿Qué lástima! ¡Así es que siguió la bronca, eh! ¡Estos enamorados! No saben endulzarse la vida más que con las reconciliaciones...

Yo los pondré bien con cuatro palabritas oportunas y bien dichas...

LUCIA.—Yo creo que es mejor que no se meta, don Pineda, porque lo van a sacar retobado...

PINEDA.—[Retobado yo? ¡Voto a bríos!... Vamos, tú no me conoces...]

LUCIA.—En serio, señor... La cosa está que arde; no se han visto en el día más que éste no dura más... ¿No ve que yo conozco hace cinco años a la señora? Ligérita se aburre y los remediá: éste es uno de los que más le han durado...

PINEDA.—¡Demóntese! ¡Tan grave está la cosa? ¡Vaya por Dios! Sierveme otro anísito... Sería una lástima dejar todo esto... (Bebe). Es que este Gabriel es un niño; en cuanto le faltan mis consejos, es hombre al agua...

LUCIA.—Ahí parece que viene don Gabriel: sentí abrir la puerta. (Va a la ventana). Sí, es él... Voy a preparar el té...

PINEDA.—[Levantándose de la chaise longue].—Anda y no te pierdas, hija... (Le agarra la cara). Tú sabes que se te estima como es debido, y que...

LUCIA.—[Desprendiéndose de él].—Sí, y que se agarra más de lo debido... ¡Ya está, sútemele!... No sea confiado, don Pineda...

PINEDA.—Anda, anda: te perdono tus desdenes por los buenos tragos que me das...

LUCIA.—[Chis].—Ya se le está pasando la mano... (Mutis. [Pineda se sirve otra copa, que paladea con fruición].)

PINEDA.—¡Demônio de muchacho! ¡Será idiota? ¡Capaz que lo eche todo a rodar! ¡Miren que no saber sacar partido de esta situación! ¡Entra Gabriel, tira el sombrero sobre una silla, y viene a sentarse, como idiotizado, en primer término. ¡Hola, Gabriellito!... ¿qué cuenta ese pintor admirado y hombre feliz?

Escena III

PINEDA y GABRIEL.

GABRIEL.—Buenas tardes, Alberto...

PINEDA.—Hijo... ¡qué tono cadavérico! ¿te ocurre algo? Cuenta, con toda confianza... Ya sabes, chico, que puedes confiarle a mí como a un hermano... ¿qué te pasa? No me digas nada: lo presento, lo aliento... ¡La conteria de anoche, verdad? ¡Ay, qué niño eres, Gabriellito, qué niño! Habría que darte el pecho. ¿Qué es lo que ha pasado, en suma?

GABRIEL.—Nada... lo eterno... discusiones tontas, que ella sabe hacerlas más ásperas; recriminaciones injustas, palabras gruesas, que sé yo... Mi sensibilidad de artista no puede soportar por más tiempo esta existencia agria, esta violencia de todos los días. Es preciso que tenga valor y que hable con ella, sin retenciones, sin blanduras, como hombre, igual entiendo...

PINEDA.—Pero con serenidad, Gabriel. Piensa en tu porvenir, en tu arte... Recuerda lo que eras cuando conociste a Valentinita: un pintorcillo ignorado, que vivía una existencia miserable... Ella será violenta, de carácter voluble, caprichosa... pero te quiere, y te ha dado los medios de surgir, de abrirte camino... Piensa en eso, Gabriel, y no te ofusques...

GABRIEL.—Sí, en verdad... A ella le debo mi pequeño triunfo de artista, mi bienestar material, y muchas horas de inmensa felicidad. Pero yo no sé mirar la vida triamente y acomodarme a las circunstancias. En todo lo que emprendo, arte o amor, he puesto siempre toda mi alma, y en este amor envenenado, te juro, Pineda, siento que mi corazón se va perdiendo y que mi personalidad se va borrando lastimosamente... ¡Ahí, te juro, si no fuera por su carne, que absorbe por entero mi voluntad, la habría despedazado...

PINEDA.—Vamos, cálmate... Por qué hablas con ella... con cariño... Yo conozco la manera de ablandarla... pero permance a su lado... Escucha mi consejo desinteresado: bien vale la pena pagar la tranquilidad material (señal de dinero) con un poco de inquietud espiritual... Te lo dice un cómico que ha sufrido y que ha sabido encontrarle a la vida su único sentido... ¡Ahí, olvidaba, ¡ahí ven! Creerás que diaté hoy en la Avenida Pedro Monti? ¡Al viejo Ferreira!

GABRIEL.—El viejo Ferreira aquí en Valdivia?

PINEDA.—Sí, a mí me extrañó también. Lo divisé desde una góndola, en la puerta del Centro Ecuatoriano, conversando con Fernández, el representante...

GABRIEL.—Ferreira aquí... ¿Habrá venido a buscarme?

PINEDA.—Difícil me parece que dé con tu paradero: has pasado seis meses en el Sur, y luego a ti no te conoce ni Dios aquí en el puerto.

GABRIEL.—Sí, pero a ella, Valentinita... En fin, si lo ves por ahí, procura hablarle, y tráeme noticias: que te cuente algo de ella, ¿entiendes?, de la pobre Eliana...

PINEDA.—Descuida, te tendré al corriente... Bueno, te dejo, chico, y me voy tranquile... —supongo que puedo irme tranquilo, ah!—Nada de locuras ni de pensamientos lúgubres... Ea, la última copita de anís... Salud, mi hijo, por tu reconciliación. (Aparece Valentina y Gabriel se cubre el rostro con las manos).

Escena IV

GABRIEL, PINEDA y VALENTINA.

VALENTINA.—Buenas tardes, Pineda.

PINEDA.—Valentinita, me inclino reverente y sumiso, como el más fervoroso de sus vasallos. ¿Cómo está usted? Aquí estaba charlando con esta criatura... Es una criatura, Valentinita... un lactante: no le haga usted caso...

VALENTINA.—¿Usted me aconseja que no le haga caso?

PINEDA.—Es decir...

VALENTINA.—Sí, le comprendo: no se fatigue buscando la explicación. Yo quisiera que ustedes siempre usados, Valentinita, y por eso me atrevo a insinuarle respetuosamente que den por terminada este incidente insignificante, y...

GABRIEL.—Pineda, por favor...

PINEDA.—Sí, mi hijo, pero déjame hablar... (aparte a Gabriel): No seas tonto, hombre: déjame a mí, que ya verás cómo te lo arreglo todo... (A ella): Usted sabe, Valentinita, cómo yo los estima, qué verdadera debilidad por ustedes, y créame, yo no sé qué vería al separarse de usted, distanciarlos por cosas que no valen la pena...

VALENTINA.—Sí, sí, comprendo: usted quisiera que jamás se enturbiara la paz de este niño, que nunca terminara este idilio que le procura a usted tan buenos ratos... oípiaras comidas, copas en abundancia, cigarrillos a destajo...

PINEDA.—Valentinita...

VALENTINA.—Comprendo, sí, comprendo... pero no me suponga tan ingenua, querido Pineda, que aunque usted haya sido cómico, yo le vivo el rato largo más que usted.

PINEDA.—No es el momento de discutir edades, Valentinita, y pero me extraña que usted venga a echarme en cara ahora las amabilidades y gentilezas que hayan tenido conmigo... conmigo, que... (hace lo posible por emocionarse y se busca una lágrima) los quiero a ustedes fraternal y desinteresadamente...

VALENTINA.—¡Basta de idioses y de frescuras!

GABRIEL.—¡Valentinita!

VALENTINA.—¡Sí, basta, dígo!... (A Pineda): ¡Lo desprecio a usted; me repugna su oficio de vichador a costa del amor y del desamor de los otros... Le ruego que se marche y no se atraviese jamás en mi vida.

PINEDA.—Valentinita, mi intención...

VALENTINA.—¡Sí, que se marche y que no lo vea más, porque me turbará siempre el recuerdo de mis horas más amargas!

PINEDA.—Pero, tú, Gabriellito...

GABRIEL.—Ya has oído, Pineda: ándate... Déjanos solos... Pineda...—Está bien, pero... menester que me lo digan claramente...

(Toma el sombrero). Tenía que ser yo quien pagara el pato... No quiero ser inoportuno y me marchó... Pero se arrepentirán... ¡Buenas tardes, y que se alivien... (Aparte). Nada: ¡retobado!... Tem razón Lucia... Por segundo izquierda).

Escena V

VALENTINA y GABRIEL.

VALENTINA.—[después de una pausa].—Ya estamos solos, frente a frente... ¿Qué querías decirme? Había...

GABRIEL.—Espera, espera... Quisiera decirte tantas cosas, y no sé por dónde empezar... Espera... Hasta hoy, te he hablado siempre un poco de literatura, Valentinita; mi cariño por ti, en forma de esos novelescos, se revistió siempre de cierto ropaje literario, del que he necesitado desprenderme... Sin ironías, sin paradojas, sencillamente, quisiera decirte todo lo que siento, quiero expresarte todo el dolor que me abruma, y quiero que tú me acolas en tu corazón apaciblemente, ¡me entiendes?, porque me siento demasiado triste y solo esta casa linda, llena de comodidades... Valentinita mía: ¡quiere que olvidemos todo lo pasado, y que empecemos nuestra vida desde el instante, unidos para siempre, sin recelos ni dudas, sin desconfianzas ni hipocresías, ¡fuerza y alegría en el bienestar y en la paz!...

VALENTINA.—Querías despojarte de toda literatura, y empezaras a escribirme un capítulo de folletín. ¡No seas niño! Oye, Gabriel: eres un buen muchacho, un excelente muchacho, pero cada vez veo más extraviado en la vida...

GABRIEL.—¡Valentinita!...

VALENTINA.—Sí, extraviado, desorientado... ¿Qué pretendes de mí? ¿te di ya cuánto podía darte: amor, comodidades, aventura, felicidad? ¿Qué quieres más? ¿Por qué te empeñas en hacer eterno lo que me debe ser una llamarada fugaz? Terminemos, ¿quiere?

GABRIEL.—¿Qué dices?

VALENTINA.—Sí, terminemos como buenos amigos, como camaradas, con un buen apretón de manos, y ¡a otra cosa!

GABRIEL.—¡Oh, calla, calla!... ¡Entiendes lo que dices! ¡No te es posible que pienses así... Terminas? ¿Quieres más? No, no, escucha... Pienso...

[Es decir, que ya nunca más te quiero. No, no, escucha... Pienso por ti, yo lo sé de todo: mi compañía, mi humilde compañía, mis amigos, mi vida obscura, pero digna y ennoblecida por la tuya... Todo, Valentinita... y no me arrepiento, te lo juro... No me arrepiento porque junto a ti, en tus caricias ardientes, lo he hallado también: la alegría salvaje de los locos besos de fuego, que me había sentido... porque hasta ti, te lo juro, yo no conocí la honra de esos besos: yo siempre había bebido de la tristeza, y tú me formaste, Valentinita, me educaste, para vivir intensamente, y eso me ha dado... me ha dado... para echarme a tus pies como un esclavo para que me retengas a tu lado, porque ya no sabría vivir a ti, no sabría... (Llora como un niño a los pies de Valentinita).]

VALENTINA.—Serénate, Gabriel... No hagamos escenas, te lo ruego... escuchame con calma... No es preciso llegar a estos extremos y ser ridículos y dolorosos... Créeme, me duele hacerte en tus momentos, pero yo no quiero que me hables a mí, a un niño mecido de un poco de amor...

Quiero ver un hombre frente a mí, y no un niño que me escucha una verdad sin pestañear.

GABRIEL.—¿Qué quieres decir?

VALENTINA.—Que es preciso que el amor tenga siempre la belleza finita de lo efímero, de lo que muere de repente. Antes de que hasido nos alcance, despidámonos sonrientes... Gabriel, ungo a nos esforcemos en mantener inútilmente esta situación, y se me plega a pensar en nuestros hombros. Nuestros caminos a mí, y a ti, se rasan ya. Empeñate tú el tuyo con nueva ilusión, y que sea bella, coronada de lo deseo, pero déjame a mí mi vida turbulenta y libre, que en ella me siento a gusto.

GABRIEL.—Valentinita: no juegues con mi pasión, te lo suplico... Recuerda tus promesas, nuestras horas de amor inolvidables... No te de hacceme a la idea de alejarme de ti... No volveré a farsas, te lo prometo, con mis celos incontenibles... Serás libre, si lo eres, pero déjame quererte... (La toma).

VALENTINA.—No prolonguemos esta situación desagradable, déjame en paz... Basta ya de cursilerías.

GABRIEL.—[Escúchame, Valentina; tienes que oírme!]

VALENTINA.—[Déjame en paz!]

GABRIEL.—[No me exasperes, Valentina!...]

VALENTINA.—[Déjame!...]

GABRIEL.—[Ah, miserable! ¡No te basta verme humillado, envilecido? ¡Hembra sin emoción y sin ensueños! ¡Yo tengo la culpa, yo, mil veces estúpido, por haber puesto mi ternura en una mujerzuela indigna! ¡Soltándole el brazo, con desprecio!]

VALENTINA.—[Ah, sí? Pues bien, quería evitar a toda costa una escena escandalosa... no quería llegar a las palabras groseras, no quería lastimarte con mi desden, pero sí tu te empeñas, sea... Me encontrarás también en ese terreno... ¿Qué pretendes? ¿Quieres que te ame a la fuerza? ¡Me das risa y me das lástima!]

GABRIEL.—[Calla!]

VALENTINA.—[Nunca, nunca más, entendiéndolo bien, me tendrás contigo! Fuiste sólo un capricho, y ya me he saciado. No puedo esperar ya nada de ti, y ni siquiera te odio... No me interesas, simplemente...]

GABRIEL.—[Por favor, calla, calla! ¡Me vas a enloquecer, y llegaré a matarte o a matarme a ti, te lo juro!]

VALENTINA.—[Añades al ademán estúpido del apache, la amenaza ridícula... ¡Sí, máteme, máteme!... ¡No serás capaz!...]

GABRIEL.—[Valentina!...]

VALENTINA.—[Y hemos terminado! ¡Vete de esta casa, que es mía! ¡Tengo el derecho de echarle!... ¡Por piedad no te he echado antes, muerto de hambre!...]

GABRIEL.—[Yéndosele encima!].—[¡Oh, calla, víbora, miserable!... ¡La tomana por el cuello y la echa sobre la cabeza!... Valentina se defiende inútilmente. Por segunda izquierda aparece el viejo Ferreira, quien se interpone, logrando separarlos].

Escena VI

DICHOS y FERREIRA.

FERREIRA.—Gabriel, hijo mío... ¿qué haces? ¡Suelta... ven acá! ¿Qué haces, loco, mil veces loco!...

GABRIEL.—[Ferrei! ¡Viejo Ferrei!]

[Llora en su pecho como un niño. Valentina, en tanto, se repone y arregla su ropa, agitada, con un odio profundo en la mirada].

VALENTINA.—Y ahora, ¡ya lo sabes!... ¡Ni una palabra más! No pensé nunca que tendríamos que descender hasta esto... Ahora ya sé perfectamente qué es lo que se puede esperar de los hombres como tú! ¡Cobarde!

FERREIRA.—Señora, por favor... déjame con él.

VALENTINA.—Sí, los dejo... Pero no quiero volver a encontrarlo aquí. [Artista!... (con sarcasmo). No volveré a mantener otro, te lo juro. (Mutis por segunda derecha).]

GABRIEL.—[Infame! (Ferrei lo contiene).]

Escena VII

GABRIEL y FERREIRA.

FERREIRA.—Vamos, ven acá, siéntate aquí, conmigo... Cuéntame qué te pasa... Cuéntame todo con la absoluta certeza de que sabré comprender...]

GABRIEL.—Sí, mi viejo Ferrei!... Ya ves... Me avergüenzo de que hayas sorprendido esta intimitad repugnante...]

FERREIRA.—[Ah!, el amor, a veces, es así, querido. GABRIEL.—Tu afecto leal es ahora mi único refugio: tú debes perdonarme por todo: por no haber sabido escuchar tus consejos, y por no haber recurrido a ellos, ahora que mi corazón sangraba desesperadamente. ¡Perdóname!]

FERREIRA.—Sí, hijo: es torpe que insistamos en recordarte lo que no puedo remediar. Cálmate ahora, y conversemos como siempre, como viejos camaradas...]

GABRIEL.—Sí, pero no hablemos de lo mío: has llegado a tiempo para evitarme el desenlace lógico de esta farsa ridícula y trágica. Dime, ¿cómo está la pobre Eliana? Y tú, ¿cómo dices con mi retiro?]

FERREIRA.—Vamos por partes. Yo, hace muchos días que te busco, por el puerto. Martínez se enteró de que... esta señora tenía aquí en su casa un chalcote, y yo me lancé así dispuesto a agotar todos los medios para dar contigo. Sabía que te habías ido de viaje al Sur, pero ignoraba que pudieras haber regresado. GABRIEL.—Sí, ayer llegué. FERREIRA.—Me vine de Santiago con el propósito de averiguar tu dirección para ponerte un telegrama adonde estuvieras. GABRIEL.—[Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Acaso Eliana...?]

FERREIRA.—Calmate, escúchame con tranquilidad, que ya te enterarás de todo. GABRIEL.—[Ah!, no podías haber llegado con más oportunidad: me hacías tanta falta una palabra de cariño, de consuelo... la presión cordial de una mano amiga, que me salvara de este naufragio horrible, viejo Ferrei!... hablemos, hablemos mucho...]

FERREIRA.—Sí, muchacho. No vengo a aconsejarte. No vengo en son de viejo gruñón a tirarte las orejas por las travessuras. No, vengo sencillamente a contarte la verdad, y después me iré: tú resolverás tu necesidad. GABRIEL.—Y Eliana, viejo? ¿Y Eliana? FERREIRA.—De ella vengo a hablarte. Después de... aquello, de tu abandono, la pobrecita jamás ha tenido una sola palabra de reproche para ti. Ha sufrido en silencio, heroicamente, sin una queja... Solamente dejó de cantar el canarito y volvió a tomar el arco del violín en aquel café pobre donde la conociste. GABRIEL.—[Pobrecita! ¡Qué cansillo he sido!...]

FERREIRA.—Así se ha salvado su pan, honradamente... Yo, a medida de mis fuerzas, la he ayudado en los trances difíciles. GABRIEL.—Gracias, viejo. ¿Y tu salud? FERREIRA.—Lo mismo. Ha pasado unas temporadas...

No le han faltado remedios. Martínez, la Chispita y yo nos hemos preocupado...

GABRIEL.—Gracias, gracias, por todo, viejo Ferrei!.

FERREIRA.—Pero aguarda: eso no es todo...]

GABRIEL.—[¿Qué? ¿Acaso está mal ahora?]

FERREIRA.—[Má, má! No sé... Gabriel, hijo mío... Voy a hacerte una revelación transcendental... Hace diez días que soy abuelo...]

GABRIEL.—[¿Qué? ¿Eliana? (Se levanta). ¡No! ¿Es posible?]

FERREIRA.—Sí, un hijo tuyo, Gabriel... Cuando te fuiste de su lado, la dejaste con su dulce secreto...]

GABRIEL.—[Hora en silencio].—[Un hijo mío!... ¡Un hijo mío!... ¡Dios! ¡Dios! ¡No lo merecía!... (Cae sentado y se cubre el rostro con las manos).]

FERREIRA.—Esto es lo que he venido a decirte, Gabriel... Cuando salí de Santiago estaba recién nacido y lloraba como un condenado... Es un muñeco encantador, no te creas... un poco llorón, como tú, pero simpaticísimo como la madre...]

GABRIEL.—[Eliana! ¡Mi pobre chiquilla! ¡Cuánto habrá sufrido, mientras yo!... (Se levanta). Pues, no hay más que hablar, viejo Ferrei!.

FERREIRA.—¿Te vienes conmigo?]

GABRIEL.—[Y lo dudas? ¡Tan perdido crees que tengo el corazón?]

FERREIRA.—[Brave, chiquillo!... Dame otro abrazo...]

GABRIEL.—[Voy a echarme a sus pies, voy a pedirle perdón sobre la cabeza de nuestro hijo... pero, dime: ¿crees que tendrá piedad todavía para mí?]

FERREIRA.—Cuando he venido hasta acá, es porque sé que aunque hayas herido de muerte su corazón podrás todavía encontrar a tu compañerita a tu buena compañerita que no debiste abandonar jamás. Pero no perdamos tiempo... arregléte y vamos. GABRIEL.—Sí, un segundo... (Medio mutis).]

GABRIEL.—[Pero, ¿Gabriello!... Ahora tengo que acusarme yo...]

GABRIEL.—[Como, Ferrei?]

FERREIRA.—Oye, ¿tú no has sabido nada de mí en todo este tiempo?]

GABRIEL.—[Ni una palabra... ¿Por qué? ¿Qué ha habido algún cambio en tu vida? Perdóname, viejo: soy un egoísta... por preguntarte por ella, no te he preguntado nada de ti... ¿Qué haces?]

FERREIRA.—Pues, mira, ahora no hago casi nada... He abandonado un poco los lápices, los estompes y hasta las clasecitas de violín. GABRIEL.—[Has dejado el dibujo y el violín?]

FERREIRA.—A medias... Gano más como administrador de propiedades urbanas...]

GABRIEL.—[Administrador de...?]

FERREIRA.—Bueno, basta de preámbulos y de rodeos pueriles... ¡En! Me he casado con la vieja Margarita y soy mayordomo de la cité... ¿Qué hay? ¿Qué pasa? Ya está. GABRIEL.—[Viejo Ferrei! ¿Te «casó» por fin? Me alegro... sí, me alegro, porque has resuelto tu situación... En fin, ya me contarás por el camino... Voy a hablar dos palabras con la sirvienta para que me manden mis cosas...]

FERREIRA.—Sí, hombre, date prisa...]

GABRIEL.—Un segundo

Escena VIII

FERREIRA, luego GABRIEL.

FERREIRA (quedando mirando paternalmente la puerta por donde se marchó Gabriel. Se acaricia la barba, filosófico y complacido). ¡Ah!, la vida, la vida!... (Se seca una lágrima). ¿Qué es esto? Vamos, vamos, viejo farsante... Haciéndote el sentimental a tus años... ¡No faltaba más!...]

GABRIEL (entrando).—Listo, Ferrei!...

FERREIRA.—Vamos. GABRIEL.—Parecerá un absurdo, pero te juro que ya estoy soñando con oír que me dicen «papá».

FERREIRA.—Oye, te advierto que, antes de escuchar esa dulce palabra, tendrás que oírme a mí unas cuantas palabritas, un poco menos dulces, porque ahora sí que te voy a retar en forma. GABRIEL.—[Viejo Ferrei!]

FERREIRA.—[Camina adelante, bribón, badulaque, canallita, sinvergüenza!]

Mutis de ambos por segunda izquierda, mientras cae el TELÓN. (Fin del segundo acto).

TERCER ACTO

Un Café-Bar de barrio pobre. Puerta al foro, con mampara batiente, que da a la calle; gran ventana, también en el foro, con escaparate y vidrio, en el que se lee el nombre de «Café Oriental» escrito al revés; afiches de cigarrillos y cervezas; ambiente pobre, pero íntimo e interesante. Piano al lado derecho de la puerta de foro. Puertas laterales que conducen a pasillos; la de la izquierda da a la cantina, lavatorios, etc. Seis mesas, con sus sillas respectivas. Afuera, en la calle, llueve copiosamente; es de noche; a través de la ventana, y cuando se abre la puerta, se ve la noche negra y los hilos de lluvia. Al levantarse el telón, aparecen sentados en la mesa de primer término izquierda, Martínez, el poeta, con papel y lápiz en mano; Arévalo, un tipo toreroso, que parece ligeramente afeinado, sin serio, y Campusano, un boxeador bruto; en la mesa de primer término derecha está solo el Gringo, fumando su pipa, con la mirada ausente, y pensando cosas de whisky. En una mesa del fondo, cabeceaba un Marinero, que no tarda en dormirse; el Maestro termina de tocar una pieza alegre. El Mozo circula constantemente, con toda panchorra; debe tener varios juanetes. Hay una atmósfera de humo espeso.

Escena I

AREVALO, MARTINEZ, CAMPUSANO, ORINGO, MAESTRO y MOZO. CAMPUSANO.—[Ya es patilla hacerte esperar tanto!]

AREVALO (a Campusano).—[¡Chis! Lo que faltaba era que te pusieras celoso... Si ya va a llegar, compañero, no se impacienta...]

CAMPUSANO.—Ya sé que va a llegar... pero como se atrase mucho, también le puede llegar a ella... Pa lo que me demoro en atorrarle un swing.

MARTINEZ.—No seas salvaje, hombre. ¿No te da vergüenza pegarle a esa pobre chiquilla que te quiere?

CAMPUSANO.—Ella me conoce mi genio... Pa qué me saca pica...

AREVALO.—¡Ay, este Campusano! Siempre abusando de su fuerza bruta... Boxeador quisiera ser como tú, para hacerte sonar en el ring...

CAMPUSANO.—No me haga reír, que tengo rabia. Oye, ¿te figuras, Martínez, yo en un match a cuatro rounds con Arévalo? Del primer chancacero te dejaba apunado...

AREVALO.—¡Ah, sí, pues!... Como yo no tengo juego de piernas tal vez... Cualquier día me llas a agarrar... Si yo pa sacar el cuerpo, no habiendo...

MARTINEZ.—Arévalo saca el cuerpo a la hora de pagar...

CAMPUSANO.—No he visto roto más bolsero...

AREVALO.—Por su gusto me convidan, no más... Yo nunca pido nada si no me ofenden... Claro, como yo es simpático, nunca falta quien le convide espontáneamente a usufructuar... ¡Bolsero es qué!

CAMPUSANO.—¡Pehs! ¡Yo, con cuatro guantadas, tengo pa almorzar dos meses!

MARTINEZ.—Sin duda, pero a mí me deja más satisfacción ganarme los pestos a punta de veros...

CAMPUSANO.—Cuestión de gustos...

AREVALO.—¡Ay!, este Campusano: siempre defendiendo el predominio del aducido... Yo estoy con el compañero Martínez... Yo siempre he sido un sentimental... de puro romántico, no más, me veo en tan mala situación... (Canturrea): ¡Ay!, por qué he venido, mi bien, al pie de tu ventana... y la serena brisa del mar... Me ha bajado sed: si no me dieran bolsero, pediría otra cervecta...

MARTINEZ.—Pídele, yo te la pago... por cálate un rato...

AREVALO.—¡Ay!, gracias... ¿No ves, Campusano? Tú con tus músculos, no eres capaz de tener estos arranques anómalos del compañero poeta. ¡Mozos!: trágame una malita para usufructuar aquí... (Canturrea): ¡Ay!, por qué he venido, mi bien, al pie de tu ventana...

CAMPUSANO.—Ya me estoy cabreando de esperar: haré media hora que debe haber salido el teatro, y la Gata debe haber llegado...

MARTINEZ.—La Chispita me dijo que tal vez tendrían ensayo después de la función. Luego llegarán. (El Mozo sirve a Arévalo).

AREVALO.—Pero no te impacientes, Campusano... ¡Ay!, los celos! ¡Cuando a un hombre se le meten los infusorios de los celos, es terrible! ¡Salud!

MARTINEZ.—Oigan, ¿se fijan? Ahí está otra vez el gringo de la pipa...

AREVALO.—Es cierto: es un tipo misterioso y concupiscente ese de la pipa... Hace como un mes que viene a usufructuar aquí... Se sienta, pide un whisky y se queda ahí horas de horas extasiado en sus pensamientos mórbidos y recalcitrantes...

CAMPUSANO.—Y es bien hecho el gallo: debe ser resco pa las guantadas... Me gustaría tirarme unos cuatro saltos con él...

AREVALO.—¡Por Dios! este Campusano: tiene el pensamiento del box como los tentáculos de un pulpo... Sí, por qué he venido, mi bien, al pie...

MARTINEZ.—¡Pobre gringo! ¡Quién sabe qué pena querrá olvidar entre el humo de la pipa y las copas de whisky!...

CAMPUSANO.—Patillas, compañero: alguna hembra que lo tiene groggy y nada más... Estos gringos alharquientos se meten en clinch sin entrenamiento para la pelea en infighting, y es claro, después de los primeros flacos, tienen que tirar la esponja...

MARTINEZ.—No seas idiota, hombre...

AREVALO.—Y no sé este Campusano: siempre con sus vocablos pugilísticos... ¡Ah!, aquí vienen las cabras... (Por Chispita y la Gata, que llegan de la calle). Salud, chiquillas...

Escena II

DICHOS, LA CHISPITA Y LA GATA.

CHISPITA.—¡Hola, ciudadanos! Venimos escapando del Diluvio, y cneamos en el Area de Noé...

AREVALO.—¿Que nos estáis hallando pinta de animales, Chispita?

CHISPITA.—No, hijo: de patriarcales... ¡Já! ¡Já!

MARTINEZ.—¿Qué hubo, mi hija? ¿Muy mojada?

CHISPITA.—Venimos empapadas...

GATA.—Nos pescó toda el agua...

CAMPUSANO (a Gata).—¡Siéntate ahí a ver si te secas: me dan unas ganas de secarte a golpes...

GATA.—Tuvimos ensayo, mi hijo... Me atrase por eso.

CHISPITA.—Hace un frío que pela... ¿Y qué hace mi poeta que no me pide mi café?

MARTINEZ.—Corriendo... Oye, Valencia (al Mozo): lo de siempre para mi Chispita...

MOZO.—Café con leche y uno de queso... Al momento. (Mutis).

MARTINEZ.—¡Mucho trabajo! ¿Qué tal la nueva revista?

CHISPITA.—Una lata soberana, hijo. Todos los entendidos están encantados con la obra, porque dicen que es una revista «fina», que renueva los valores y que sé yo... pero a mí me parece un bosteo en diez cuadros y una apoteosis. Yo no resisto las cosas finas: con mi negro, que es más fino que un fideo, tengo bastante. ¿No es cierto? (Le acaricia la barbilla; Martínez se rie).

AREVALO.—Da gusto ver esa pinta de tórtolas: se me llega a hacer piliñar la cabeza... Aprende, Campusano: tú que siempre eres tan brusco y anacrónico con la Gata, ¿no es cierto, Gata? (Le hace un carfio en la cara).

CAMPUSANO.—Ya, cortala, gracioso: vos querís que te ajuste un combo.

AREVALO (sacándole el cuerpo).—¡Ay!, por qué he venido mi bien... (Toma un trago).

CHISPITA.—¿Y la Eliana, no ha llegado?

MARTINEZ.—No, quién sabe si con la lluvia no se atreverá.

CHISPITA.—No, si a mí me aseguró que desde hoy comenzaría otra vez a tocar. Lo necesita.

MARTINEZ.—¡Pobre Eliana! ¡Tanto que ha sufrido!... ¿Y quién la va a acompañar desde la casa? Porque el viejo Ferreira se fué al Puerto hace una semana.

CHISPITA.—Se vendrá sola. ¿Quién se la va a comer?

AREVALO.—Con permiso. Como veo que ustedes no me ofrecen nada, voy a tentar de hacerme amigo del gringo: me tinea que lo haga rajarse con su malita calda...

MARTINEZ.—Déjalo tranquilo, Arévalo. Hay que respetar a los hombres tristes.

AREVALO.—Sí no me lo voy a pitar: al contrario... Voy a compartir su melancolía.

CAMPUSANO.—Anda no más: yo te espaldo, Arévalo. Si se bota a sedito, me avisa no más...

AREVALO (acercándose a la mesa del gringo).—Buenas noches, caballero... Arévalo, a sus órdenes... Un amigo más, leal y consecuente... (El gringo contesta con un gruñido). ¿Usted no domina la lengua castellana? (Gruñido). ¡Qué lástima! No importa... (Se sienta). Vamos a ver si nos entendemos por señas. Además, yo palabra su poco en idiomas extranjeros... ¡Por qué está siempre tan solo, caballero?

GRINGO.—¡Ouh! Yo no tiene amigos... Solo, solo yo... La pipa, only, amiga única...

AREVALO.—La pipa... ¡Ay!, sí, pues... Consuela tanto fumar cuando está usufructuado por la tristeza...

GRINGO.—Yo... viene lejos... viaja... mucho tiempo... Familia, nazin, nazin... Familia whisky, only: dat is may family...

AREVALO.—Sí le comprendo, caballero: usted quiere decir que su familia es el whisky. Pues usted, que tiene esa familia siquiera. Yo estoy completamente huerfano, si no, lo acompañaría en el seminario tomando una cerveza... (Le explica con señas que quiere tomar y que no tiene ni cobre).

GRINGO.—¡Ouh! Píde... Mozo... (Toca las manos). ¡Boyl... ¡Boyl... AREVALO.—¿Adónde va, oiga?

GRINGO.—No... Boy: Mozo.

AREVALO.—¡Ah!, mozo en inglés, es «boy»... ¡Lo que son las cosas! ¡Boyl!

MOZO.—¡Voy!

AREVALO.—¡Bah!, al tiro aprendí a hablar en gringo el gallo...

CHISPITA.—¡Hay que ver!; ya le sacó trago Arévalo al gringo.

MARTINEZ.—Yo no sé cómo se las compone. Es un freco...

(El Mozo sirve cerveza a Arévalo. Entra por foro Eliana; Martínez y Chispita se paran a recibirla).

Escena III

DICHOS Y ELIANA.

MARTINEZ.—¡Eliana!

CHISPITA.—Níña: vienes hecha una sopa...

MARTINEZ.—¿Quieres tomar algo caliente? ¿Un café?

ELIANA.—No, gracias, Martínez... Después. Aunque... pídamle un café mientras voy a arreglarme un poco para tocar...

CHISPITA.—Puede hasta llover: nosotros te vamos a hacer clique.

ELIANA.—Voy a tocar mi vals triste.

CHISPITA.—No, mi hijita, ya está bueno de lágrimas. Algo bien alegre.

MARTINEZ.—Le mandaré el café para dentro mejor.

ELIANA.—Bueno, gracias, Miguel... (Mutis por izquierda).

MARTINEZ.—¡Pobre chiquilla! Se va derrumbando día por día todo su optimismo, su alegría de vivir...

CHISPITA.—Así es: hoy está de mal semblante. ¡Ay!, hijo, es que son demasiadas penas para una persona sola.

AREVALO (al Gringo).—Así es que... es ella... Eliana... ¿la causa de su pena?

GRINGO.—Yes... Ella, disulta get ainov... Buena, linda, chiquilla... ¿Por qué no viene tantos días?

AREVALO.—¡Ah!, ha estado enferma la pobre; es muy dedicada.

(Sale Eliana y va al piano).

GRINGO.—Yo... viene todas las noches... antes... ella toca violin... yo fuma pipa... drink and piensa... piensa mucho... allí lejos... Glasgow... yo tiene antes una girl, una novia... igual... triste, buena, lindo...

AREVALO.—¡Ah!, ¡tuo una novia que se parecía a la Eliana?

GRINGO.—You never, nunca sabe más de ella... Yo no sabe si después marrit... se casó... o... se murió... no sabe, no sabe...

AREVALO.—Pero le advierto, mister, que no saca niente con esta chiquilla... (Imitando el chapurreo inglés): Nou lleva de apunte a nadie... ¿entende?

GRINGO.—You contento sólo mirarla, oír la su música lindo, triste...

(La orquestilla empieza a tocar el Vals triste de Eliana).

AREVALO.—Estos amores anómalos y reconcentrados me commueven, créame... Voy a pedir otra cervecta a su cuenta... ¡Boyl! ¡Mazo! ¡Otra cerveza!

(La orquesta empieza a tocar el tango «No salgas de la barra. La luz alumbró las cabezas de las tres mujeres. Cesa música. Canto).

TODOS.—¡Bravo! ¡Bien!

AREVALO (al Gringo).—Ya está, pues, amigo: déjese de esos pensamientos consuetudinarios, y dedíquese con más fruición al fracaso.

GRINGO.—¡Ouh! Yes, mi quiere beber mouchu esta noche... ¡It is mine solad!

AREVALO.—¿Cómo no, si me acuerdo... yo estaba ahí... ¡Salud!

GRINGO.—Esta noche de lluvia hay que olvidar y beber...

AREVALO.—Con su amigo, pues. Pongale con confianza al líquido. Córrese hasta las extremidades inferiores no más...

GRINGO.—¿Qué?

AREVALO.—Hasta las patas... Me da plata pal Ford, y yo lo voy a dejar a su casa después...

MARTINEZ.—Oye, fíjate en Arévalo: ya está ufía y carne con el gringo.

CAMPUSANO.—Ya le ha sacado como ocho tragos: podía acordarse de los amigos este sinvergüenza... ¡Oye, Arévalo!

AREVALO.—¿Qué?

CAMPUSANO.—No estoy ná solo, pus... Hay sed también en este barrio...

AREVALO.—Deja no más... Oiga, mister: pa completar la noche y dividir sus penas, ¿no cree usted que sería afrodisiaco ponerle un valter... a un bistecito a lo pobre aquí, con los amigos...?

h, sí Mozo... más copas, whisky...

(Continúa más adelante).

AREVALO.—No, pues... No fergíverse mister... Si yo no quiero tomar más de algo sólo lo que me hace falta. (Le explica con señas). En estas noches de lluvia se impone por dos cuerpos un bistecito a lo pobre...

GRINGO.—(Beefsteack?)

AREVALO.—¡Ecco le cuál!... pero aquí no: apagan la cocina temprano. Come here conmiigo: yo lo piloto para una casa de cena primorosa, donde hacen unos bistecques usufructuantes, con monograma de oro y todo...

GRINGO.—Ouh, yes... Wuchevere güey yulase. AREVALO.—Sí, de busy son los bistecques... Oiga: bien juegotito, en su par de huevitos, sus papitas fritas, y su montón caído de cebolla, así como al desgare... ¿Qué le va hallando? ¿Cerremos trato?

GRINGO.—Yes, vamos...

AREVALO.—Pero no sea anómalo, pues, amigo... ¿No está viendo que aquí hay un grupo heterogéneo de amigos que también apegan a la tira?... Oye, Campusano, tráete a la Gata: te voy a presentar este amigo que no haya qué hacer con los billetes... (Presentación y saludos). ¡Nos vamos entonces, mister, en pos del bistecito a lo pobre!

GRINGO.—Yes, vamos a comer el pobre beefsteack...

AREVALO.—¡Pobre bistec! De veras, le va a llegar con nosotros. Oye, Campusano, asómate a ver si pasa un Ford... Mira que está lloviendo mucho y aquí al señor no le conviene humedecerse... Ya ve que lo cuidamos, pues, mister... (Campusano va al Ford, se sienta en un chiflido y ruido de claxon). Bueno, caminando, entonces... (Ayuda a levantarse al Gringo). ¡Ejé!... Afírmese no más, con confianza, haga cuenta de que soy su hermano...

GRINGO.—¡Hay que beber!... ¡Viva la alegría!...

AREVALO.—¿Cómo nó, pues!... Qué nos demoramos... Ya, pase adelante, Gatlita...

GRINGO (canturrea mientras sale).—It's a long way to Tipperary...

CAMPUSANO.—¡Yo lo subí!

GATA.—¡Guarda!

AREVALO.—Ya... yo me voy al lado del chauffeur... Tira pa Eyzaguirre, fátitio... «Si por qué he venido, mi bien... al pie de tu ventana»...

(Las voces y el auto se alejan. Claxon. Martínez y Chispita ríen y contentan durante esa escena. La Coca se despidió del mozo agradeciéndole el café y hace mutis a la calle. El Mero apaga algunas luces y empieza a subir sillas arriba de las mesas).

MARTINEZ.—¿Qué locos!

CHISPITA.—¿Ya tienen diversión para toda la noche... (Pequeña pausa).

MARTINEZ.—Te has quedado seria... ¿triste?

CHISPITA.—(Yo triste? No, es que soy como los fuegos artificiales: en el momento oportuno me prendo, estallo en luces y colores, doy toda mi alegría luminosa y después me apago...)

MARTINEZ.—Está bien eso... Voy a aprovechar a ver si escribo... (Saca sus papeles. Chispita se sienta sobre la mesa y canturrea a media voz). No me salen, y es que no siento estos versos... Es un motivo obligado y no sé...

CHISPITA.—A ver: léelos, y yo te ayudaré.

(Cuando se dispone a leer, entra Ferreira).

Escena IV

DICHOS y FERREIRA, luego GABRIEL.

FERREIRA.—¡Hola, muchachos!

MARTINEZ (abrazándolo).—¡Viejito Ferreira! Por fin estás de vuelta...

CHISPITA.—¡Viejito!

MARTINEZ.—¿Y? ¿Diste con él?

FERREIRA.—Sí, aquí está... Entra, desalmado...

(Entra Gabriel. Saludo emocionado con Martínez y Chispita).

MARTINEZ.—¡Gabriel!

CHISPITA.—¡Qué malo has sido, Gabriel!...

FERREIRA.—¿Y Eliana? ¿Vino?

MARTINEZ.—Sí, está dentro... Esta noche ha venido poca gente, con la lluvia. Ya iban a cerrar...

FERREIRA.—Bueno, dejarme ahora a mí... ¿Quéñese ustedes con este hombre, mientras yo voy por ella... Mira, tú, que a mis años, tener que hacer estos papeletos de amable componedor... En fin: sújetele firme para que no se nos escape otra vez... (Mutis de Ferreira por izquierda, al interior).

GABRIEL.—No me digan nada, es mejor... Me quitarán el valor para presentarme ante ella...

CHISPITA.—Nada importa, Gabriel, lo pasado, si ya estás aquí para siempre: Oye, negro, vamos nosotros y que ellos se entiendan solos...

GABRIEL.—Chispita... Si, pasemos acá, yo los acompaño un momento mientras el viejo Ferreira la previene. No sé, tengo vergüenza, miedo y ansias de estar delante de ella... Vamos...

(Mutis los tres por derecha. Por izquierda aparecen Ferreira y Eliana).

Escena V

FERREIRA y ELIANA. Luego GABRIEL.

FERREIRA.—Eliana: tú me vas a perdonar por lo que he hecho... Sí, me perdonarás... Yo no sé si hago bien o hago mal... Lo que sé es que el corazón me lo dictó...

ELIANA.—¿Qué mi viejo bueno? ¿Qué ha hecho?

FERREIRA.—(Me vas a perdonar?)

ELIANA.—Pero, me está alarmando... ¿Qué?

FERREIRA.—Gabriel...

ELIANA.—Gabriel... ¿qué?

FERREIRA.—Quiere verte...

ELIANA (con expresión de gozo y de temor).—No...

FERREIRA.—Yo le he traído... (Llamando): (Gabriel)...

(Gabriel se aproxima dolorido y avergonzado).

GABRIEL.—¡Eliana!

ELIANA.—¡Gabriel!... (Se dan la mano en silencio. Hay una pausa). ¿Cómo estás, Gabriel?

GABRIEL.—No me preguntes cómo estoy; preguntame cómo me atrevo a presentarme delante de ti... Pero, tampoco me interrogues. Dime solamente si me permites que te hable, que te diga tantas cosas que mi conciencia necesita decirte, si me permites que te pida perdón mil veces, Eliana...

ELIANA.—Perdón... ¿por qué?

GABRIEL.—Sí, ya sé que de tus labios no ha salido una palabra de reproche, sé, porque el viejo Ferreira me lo ha contado, que no has tenido una expresión de rencor o de amargura por mis infamias, y es por eso que mi vergüenza es más profunda y mi arrepentimiento más hondo...

ELIANA.—Preferiría, Gabriel, que no hablaras así... Preferiría el silencio...

GABRIEL.—Sí, tienes razón: no hay palabras que me justifiquen... Sin embargo, Eliana, dime que me dejarás explicarte...

ELIANA.—Déjame que me sienta... Estoy muy débil todavía, y tu venida aquí tan sin aviso... (Gabriel le acerca una silla).

GABRIEL.—Estás muy pálida, y estás más delgada. ¡Has sufrido mucho!

ELIANA.—Mucho... Parece que era demasiada ventura la de tener a mi lado, que el destino después amonóndome dedichas sobre mí... Gabriel, he sufrido tanto, ¡tanto! Pero no quiero quejarme... mi corazón está tan trizado, que temo se me rompa con tanto dolor...

GABRIEL.—¡Pobrecita!

ELIANA.—Pero, no hablemos de mí... Cuéntame de tu vida, sólo de tu vida... ¿Eres dichoso, Gabriel?

GABRIEL.—No, Eliana, todo lo que yo te haya hecho sufrir, me lo ha cobrado bien la vida... Fui un egoísta, un malvado, pero el fracaso de mis ambiciones ha sido mi castigo. He sufrido en mi amor propio, en mi vanidad estúpida, y mi mayor tortura ha sido tu recuerdo... porque, aunque no me creas, te he recordado y te he llorado tanto, como si la muerte te hubiera arrebatado para siempre del mundo...

ELIANA.—Y, acaso, eso hubiera sido lo mejor... Porque cuando ya la pena nos agrieta el alma, ¿qué puede ser mejor que la muerte?

GABRIEL.—No hables así, Eliana... Tú eres generosa; tu bondad infinita hará que olvides tanto mal, y dejarás que te consagre mi vida que es sólo tuya...

ELIANA.—No, Gabriel...

GABRIEL.—Sí, dejarás... Yo haré que creas en mi amor, engrandecido por el arrepentimiento... Déjame que vuelva a ser tu Gabriel, Eliana...

ELIANA.—Si siempre lo has sido... Soy yo quien dejó de ser tu Eliana, y tú siempre...

GABRIEL.—¡No!

ELIANA.—Yo, que no supe ser más que la compañera de las horas amargas, la obscura compañera de la pobreza, la que no tenía más que carino para ti...

GABRIEL.—¡Mi compañerita!...

ELIANA.—Nada te ofrecí entonces. Nada te puedo ofrecer ahora. Sólo tengo dolor y lágrimas...

GABRIEL.—Tú tienes un tesoro tan grande como tu mismo amor... en busca de ese amor y de ese tesoro vengo... ¡Nuestro hijo!

ELIANA.—¿Qué?

GABRIEL.—No sabes tú, no podrías imaginar la alegría inmensa, la dicha infinita que me inundó, al saber que nuestro amor, nuestro torturado amor, se ha hecho carne... Vengo con el alma anhelante por las manos temblorosas por las ansias de acariciarlo, de pedirle perdón, de arrullarlo y de adormirlo con canciones hechas de besos y de lágrimas...

ELIANA.—Pero, entonces, ¿tú sabías?

GABRIEL.—Sí, Ferreira me llevó la noticia a Valparaíso, y he corrido a tu lado...

ELIANA.—Gabriel: no debiste venir... Yo no sabía que Ferreira había ido a comunicarte... No debí hacerlo... no... No debiste venir...

GABRIEL.—¿Por qué? ¿Por qué, Eliana? Entonces, ¿tan honda es la distancia que hay entre nosotros? ¿Te opones a que ves a mi hijo?

Sílo...

ELIANA.—Yo no, Gabriel... ¡Es Dios quien no lo ha querido!... (Llora).

GABRIEL.—¿Cómo, Eliana?

ELIANA.—Has llegado tarde, Gabriel... Diez días sólo quisó la suerte que palpitará junto a mí, ¡diez días sólo!... Ahora comprenderás por qué te decía que temo que se me parta el corazón...

GABRIEL.—¡Muerto! ¡Nuestro hijo!... muerto!...

ELIANA (asintiendo con la cabeza).—Sus ojitos, que parecían dos estrellas llenas de luz, se apagaron dulcemente. Gabriel... Me lo quitó el Señor, porque comprendió que ese pobrecito venía a la vida nutrido con mi sangre triste... ¡Era una pequeña flor de carne, que no encontró savia en mis venas para vivir!...

GABRIEL.—(Calla, Eliana)...

ELIANA.—Y hace ocho días, en una mañana lluviosa, Martínez y la Chispita se lo llevaron al Cementerio... Lo llevaron en una cajita blanca, pequeñita como la caja de mi violín de ensueño... ¡Ferreira, que se ha alejado al foro, enjugando una lágrima se sienta al piano y empieza a tocar el Valse de Eliana, para acariciarlos. Ahí, comprendes por qué era mejor que no hubieras venido... Viniendo a mi lado, traído por la dulce ilusión del hijo, y ahora te llevas un desencanto y una pena enormes. Y, sin querer, me guardas rencor, Gabriel... Y yo no tuve la culpa...

GABRIEL.—¿Qué dices, Eliana?

ELIANA.—Es mi suerte, Gabriel, pero no importa...

GABRIEL.—(Qué dices, te pregunto: ¿Acaso pienso que te he de dejar? ¿Qué rencor puedo guardarte yo, si sólo temuras has sido fuerza que me trajó hasta ti; y ahora, con el alma hecha pedras por el dolor de no haberlo conocido, de no haber visto y acariciado al hijo de nuestro amor, te digo: Eliana, déjame juntar tu pena a mi pena...)

ELIANA.—¡Gabriel!...

GABRIEL.—De mi fracaso y de nuestro dolor sacaremos fuerza para consolarnos... Y cuando en las noches de paz que han de venir algún día, levaremos los ojos al cielo, veremos las estrechitas de nuestro hijo iluminando nuestra pobre alegría...

ELIANA.—¡Gabriel!...

GABRIEL.—¡Compañerita mía!...